



## FARISEOS DE LA LIBERTAD. LA PRENSA CATÓLICA EN LA 'GUERRA ESCOLAR': EL CASO DE EL NOTICIERO DE ZARAGOZA DURANTE EL PRIMER BIENIO REPUBLICANO (1931-1933)

Ricardo Zugasti

Comunicación Social Ediciones y Publicaciones, Salamanca, 2021

Nº páginas: 247

Reseña por **Francesc-Andreu Martínez Gallego**  
Universidad de Valencia

## España había dejado de ser católica, su prensa, no

Leí el libro de Zugasti y recordé a Stefan Zweig: “La Reforma, que soñaba con dar a Europa un nuevo espíritu cristiano, produjo la barbarie sin igual de las guerras de religión; la imprenta en vez de difundir ilustración propagó el *furor tehologicus*, y fue la intolerancia la que triunfó sobre el Humanismo. En toda Europa, cada país se desgarró en una guerra civil asesina...” (“Montaigne”, *El legado de Europa*, El Acantilado, 2003).

La imprenta, como tecnología de la comunicación, no anticipa los mensajes que la usan. Éstos pueden ser semillas de discordia, tanto como ideas de transformación. El matrimonio entre imprenta, Reforma y Contrarreforma jugó un papel destacado en las guerras que se sucedieron en Europa entre 1524 y 1697: demostraron que, siendo conflictos muy diferentes entre sí, todos apelaban a la fe como elemento movilizador y que, de ese modo, punzaban los corazones de gentes que se sentían concernidas por guerras que, con suma frecuencia, dirimían cuestiones que les eran rotundamente ajenas.

La imprenta y la fe están en la base de la propaganda, como canal y como mensaje aglutinador y movilizador. Y es ese paralelismo el que me vino a la

cabeza al leer *Fariseos de la libertad*, que pretende analizar las páginas del periódico católico de Zaragoza, *El Noticiero*, durante el primer bienio republicano, situando en el centro de tal análisis la cuestión educativa y religiosa, que, desde la perspectiva del rotativo, eran la misma.

Evidentemente, el historiador tiene el “privilegio” de saber cómo terminó la historia. La tensión clericalismo/anticlericalismo fue decisiva a la hora de configurar las posiciones enfrentadas en todos los procesos electorales de la República, en la conformación de la justificación intelectual del golpe de Estado de 1936 y en la conformación de las posiciones enfrentadas durante la guerra civil. Pero, a veces, el “privilegio” se torna arma de doble filo: no conviene pensar que la historia es inexorable y que lo que realmente sucedió necesariamente tenía que suceder así. Creo que esta es una de las virtudes del libro de Zugasti. Al abordar solo la “guerra escolar” del primer bienio republicano, no anticipa la guerra civil, pero muestra con intención tanto los elementos anticlericales (y no solo laicizantes) de los gobiernos republicanos, como los discursos que pretendían preservar viejos privilegios de la institución eclesíástica y que se escondían bajo paraguas tan ambiguos como el de la libertad.

El autor parte de una evidencia bien documentada por la historiografía: las medidas que los gobiernos del primer bienio republicano tomaron en materia educativa fueron notados como una agresión por parte no solo de la iglesia católica, sino de los políticos vinculados al social-catolicismo. Una y otros se conjuraron para movilizar a los católicos con el argumento de que existía un enemigo que pretendía lesionar su fe y forzar su conciencia. A partir de ahí, analiza exhaustivamente el discurso de *El Noticiero* entre el 1 de mayo de 1931 y el 30 de junio de 1933, siempre y cuando este periódico se refiriese al conflicto educativo. A esta fuente primaria, el autor añade la *Gaceta de Madrid*, pues pretende leer de primera mano la legislación emanada del gobierno.

Entre un par y una decena de artículos por semana de *El Noticiero* cita Zugasti como directamente implicados en ese cruce inexorable entre la cuestión religiosa y la cuestión educativa, con la salvedad de algunos paréntesis en los que el periódico se dedicó poco a la “guerra educativa”, seguramente porque se inmiscuyó en otras “guerras” relacionadas con la nítida tendencia reformista de los gobiernos del primer bienio (reforma agraria, reforma del ejército, reforma de la organización del Estado, reforma de la legislación socio-económica, etc.).

El libro de Zugasti se divide en una introducción, cuatro capítulos, las conclusiones, la bibliografía y un interesante anexo. El primer capítulo no realiza, todavía, el análisis de la fuente propuesta, sino que pretende contextualizar el momento. Mediante el manejo de una bibliografía muy exhaustiva (López Villaverde, Gil Pecharromán, Arbeloa, De la Cueva, Lannon, Álvarez Tardío, Callahan, Suárez Cortina, etc.), el autor muestra que a) las discrepancias surgidas en el primer bienio republicano con relación a la enseñanza y al papel del catolicismo en ella, se han perpetuado en el tiempo y la historiografía no ha quedado al margen, existiendo puntos de acceso al problema notablemente dispares y hasta disímiles, y b) que es necesario partir de una base teórico-conceptual para poder situar con corrección el objeto de estudio, de manera que las definiciones de términos como *laicista* o *anticlerical* resulten precisas y puedan coadyubar a la correcta comprensión e interpretación del fenómeno que se aborda.

En este primer capítulo, además, el autor establece los principales hitos legislativos que tuvieron que ver con la reforma de la enseñanza y que suscitaron una fuerte reacción entre la jerarquía y las organizaciones católicas.

Como es sabido, al proclamarse la II República en abril de 1931, alrededor de un 32% de la población española era analfabeta. El desarrollo de la escuela pública era escaso (como había sido antaño el presupuesto para la misma); la educación estaba, en gran medida, o en condiciones de abandono o en manos de instituciones religiosas. Ante este panorama, el gobierno republicano se fijó como prioridad mejorar la formación de la población de niños y adultos. A través de un plan quinquenal pretendió alcanzar el número de 27.151 escuelas para paliar el déficit existente; significaba un ambicioso plan de construcción de edificios escolares. La ampliación de escuelas llevaba aparejada el aumento del número de maestros y maestras (para lo que había que mejorar las Escuelas Normales) y la mejora de las condiciones laborales de los educadores. Este plan de choque, que llevó el presupuesto educativo a cuotas nunca vistas, se completaba con las Misiones Pedagógicas. La idea de fondo era que la educación sirviese para conseguir el cambio cultural del país, la republicanización y democratización de la ciudadanía.

Y aquí es donde entraba el combate. En el pasado –y el pasado deja siempre mucho poso–, el papel preponderante de la iglesia –a través de las órdenes religiosas– en la educación, había servido para inculcar valores –morales, cívicos, políticos– muy alejados de los principios liberales de los que surgió la nación moderna. Zugasti pasa revista a los hitos y el *crescendo* de ese combate. El posibilismo oficial de la iglesia –impulsado por el Vaticano– no frenó las cartas pastorales del cardenal Segura que buscaron la movilización católica para frenar las medidas laicizadoras del nuevo régimen, que no eran, inicialmente, más que la consecuencia de la supresión de la confesionalidad del Estado. Los ánimos se caldearon. Hubo respuestas anticlericales desde abajo, como la quema de conventos del 11 de mayo de 1931. El diapasón de la confrontación Iglesia-Estado fue incrementando su ritmo.

Zugasti evidencia que la política laicizadora, pero no anticlerical, del gobierno republicano, fue contestada con *furore theologico*. Vino la discusión del proyecto constitucional, que entró en el congreso el 6 de julio de 1931, y la dureza terminológica se elevó. No solo se hablaba de escuela única, laica, no sexista y gratuita, sino también de la eliminación de renacimiento a la Iglesia como corporación de derecho público y de negar a las órdenes religiosas la capacidad para impartir docencia, más allá de la enseñanza de la doctrina. Los términos del proyecto, y del debate, cruzaban, en la perspectiva de Zugasti, de lo laico a lo anticlerical, en clara respuesta al posicionamiento de una importante porción de la jerarquía y de una oposición parlamentaria que se amparaba en los valores del catolicismo. La Constitución se aprobó, pero se inició por parte de la oposición una campaña de revisión de la misma, al juzgar que era persecutoria con los derechos de la Iglesia. Omitió el principio democrático más básico, pero encontró un grito de unión contra los gobiernos de coalición republicano-socialistas.

Los desarrollos del texto constitucional en la legislación ordinaria fueron atentamente seguidos por los revisionistas, y su encono llegó a la cima cuando se puso sobre a mesa la Ley de

Confesiones y Congregaciones Religiosas, que desarrollaba el artículo 26 de la Constitución y que privaba a las órdenes religiosas de su tradicional papel educador. Zugasti observa relativo consenso a la hora de calificar esta medida, así como la disolución de la Compañía de Jesús, como anticlerical y, desde luego, sitúa en ella el verdadero arranque de la “guerra escolar”.

El segundo capítulo aborda la naturaleza del objeto de estudio: pretende dar información al lector sobre qué era y de quién era *El Noticiero*, principal periódico católico aragonés. Aparecido en 1901, era una sociedad anónima desde 1923 y su capital se distribuía entre representantes de la archidiócesis de Zaragoza y empresarios cercanos a su causa; la renovación accionarial de 1931 no hizo sino aproximar el periódico al catolicismo explícitamente político. En fin, es más que destacable que uno de los nuevos miembros del consejo, Enrique Giménez Arnau, se convirtiese en director general de Prensa durante el primer franquismo. Lo último, pues, que puede decirse de *El Noticiero* es que fue un periódico noticiero: fue un órgano de propaganda, con intenciones muy evidentes, nada ocultas al respecto. Me hubiese gustado que Zugasti hubiese indagado más a fondo, a través de fuentes archivísticas, en esas nóminas de consejeros de *El Noticiero*, dado que un órgano de propaganda es siempre la voz de su amo; pero queda más que patente que *El Noticiero* ingresó en la nómina de periódicos católicos que funcionaron como una red bien estructurada que tuvo por cima al periódico madrileño *El Debate*, red esencial en la conformación de las derechas españolas durante los años de la Segunda República.

El tercer capítulo es el más enjundioso. Es aquí donde se realiza un sesudo y pormenorizado análisis de las páginas del periódico cuando se ocupan de la cuestión educativo-religiosa. Digamos, que las pautas que se han establecido en el capítulo primero, sirven ahora de guión para seguir el hilo de los “combates”. Las metáforas bélicas no son nunca del autor, sino transcripción del lenguaje de época y, ya sabemos, por Lakoff y compañía, el papel que pueden llegar a jugar las metáforas.

Lo que observa con nitidez Zugasti en este capítulo es que el encono de *El Noticiero* ante la legislación educativa del primer bienio republicano sirvió para movilizar a una porción de la ciudadanía que podía sentirse vencida por la proclamación misma de la República. Para hacerlo recurrió a palabras gruesas y a la crispación. La política gubernamental era persecutoria, sectaria y anticatólica, la Iglesia y los católicos eran víctimas de los furibundos ataques del gobierno, en la guerra escolar ellos eran los agredidos y su actitud era puramente defensiva. Tras estas expresiones, el periódico fue un agente movilizador de primer orden. Se hizo acto de todo acto de movilización derechista y católica ocurrido en España, coadyuvó a la creación de organizaciones movilizadoras como la Asociación de Familiares de Religiosos de Aragón y animó a los católicos a la ocupación del espacio público.

Por supuesto, de la mano de gentes vinculadas al catolicismo, como el jesuita Enrique Herrera Oria, *El Noticiero* expresó también su modelo ideal en relación a la enseñanza. En realidad, este se fue amoldando a la situación y, finalmente, se abogó por un modelo mixto, en el que se permitiese la enseñanza privada de orden católico, mejor si bajo tutela de las órdenes

religiosas y en todo caso, financiada por el Estado. Finalmente, este modelo se rodeó de una nueva palabra, muchos menos reactiva que las anteriores: libertad. El modelo mixto permitiría a las familias pedir para sus hijos la educación que considerasen oportuna; si la querían católica, debían poder acceder a ella. Como dice Zugasti en la conclusión, al mismo tiempo que pedía libertad de elección, solicitaba a los padres católicos, imperativamente, que enviasen a sus hijos a y solo a escuelas católicas.

Recordé también, entonces, a otro historiador, Rafael Cruz (*En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*. Madrid, Siglo XXI, 2006), que explicaba que “el lenguaje católico instituyó una división fundamental de la sociedad española entre creyentes y no creyentes, entre el pueblo católico y la revolución, en forma de tiranía ejercida por la coalición gobernante”. Así fue. Si la guerra escolar, pilar de ese lenguaje, se atenuó en el segundo bienio republicano, volvió a la palestra con la victoria de la coalición frentepopulista en febrero de 1936.

Lo relevante del estudio de Zugasti es que muestra dos planos del discurso del periodismo católico de la Segunda República, perfectamente engastados. De una parte, el discurso reactivo, de quien se siente agredido frente a su agresor, de quien moviliza sentimientos, de quien sustituye la voluntad de la soberanía nacional por la política basada en la identidad y en las pulsiones emocionales. De otra parte, la acción discursiva –y aquí el apéndice del libro, que la recoge, es relevante–, que sirve para construir instrumentos políticos que reamen a la derecha, que le den impulso electoral, que la lleven al poder. Añado que con un problema: por el camino habían resquebrajado el principio de la representación democrática y que tal cosa podía tener consencias. Y las tuvo. Una guerra que también fue de religión.

Estamos ante un libro que define objetivos y se esfuerza por alcanzarlos; que aporta un conocimiento que no teníamos sobre un periódico en particular, pero también sobre la prensa de una modalidad, la católica, durante un tiempo determinando. Pero quiero realizar, para terminar, algunas apreciaciones de orden historiográfico que van más allá de este libro en concreto. ¿Es posible estudiar la “guerra religioso-educativa” (o tantos otros temas similares) en la España de la Segunda República y a quienes le suministraron su munición, sin hacer recuento del negocio que representaba la educación en manos de las órdenes religiosas? Zugasti alude (p. 77) a un artículo en *El Noticiero* en el que se afirmaba que era falso que los establecimientos educativos zaragozanos regidos por religiosos eludiesen el pago de impuestos o se enriqueciesen con su actividad. Bien está dejar consignado el asunto como parte de un discurso y hasta ser conscientes de que el discurso *crea* una realidad mental: solo mental, en el orden de las representaciones. Pero también podría estar deseable ofrecer al lector la prueba de la verdad o la falsedad del aserto. Un paso más.

El historiador no debe asemejarse a ese periodista de hoy que, acuciado por los bajos sueldos y unas rutinas productivas asfixiantes, se limita a reproducir los textos de parte (o, como algunos dicen, creo que con sarcasmo –o yo, al menos se lo encuentro–, los textos de los periodistas de fuente) y a constatar que partes, hay más de una. El buen periodista –que requiere de un buen editor, obviamente– comprueba lo que las partes dicen. Eso no es decantarse. Es

corroborar, constatar, verificar. El caso es que, de eso, del negocio, se habló poco con datos y, aunque hubo mucha guerra de cifras sobre cuántos colegios regentaban las órdenes religiosas y a cuántos alumnos (ricos y pobres) atendían, los dígitos son tan dispares entre sí que no podemos darlos todos por buenos. Se requiere un paso más.

El buen libro de Zugasti promete trabajar sobre el *discurso*, y cumple su promesa. Pero la historia del periodismo actual parece que, del giro culturalista en historiografía experimentado desde la década de 1990, ha aprendido y se ha quedado solo con lo *narratológico*, obviando que difícilmente avanza el conocimiento sin una *historia social de lo cultural o de lo comunicativo* capaz de ir más allá de lo evidente (el discurso), para incidir en lo que muestra y lo que oculta, lo que pretende y aquello que lo constituye. Porque, además de saber qué dice quién, por qué canal y con qué efectos (recepción), nunca está de más averiguar el porqué. Hemos de releer la prensa del pasado a la luz de las preguntas que ahora somos capaces de formular, pero debemos realizar el trabajo que no hicieron aquellos periodistas que se sintieron más propagandistas que reporteros; esto es, debemos ser buenos periodistas retrospectivos e ir a las fuentes para responder a los porqués.